

«CARNE Y ESPIRITU» (*)

Vemos con la mayor complacencia, y aun con admiración, que el P. César Vaca, en su ininterrumpida producción literaria y científica, se mantiene fiel a su ideal y a su programa de darnos una ascética, al mismo tiempo antigua y moderna, elaborando poco a poco la síntesis que ya desde el principio llevaba en el corazón, bajo un guía tan experimentado como S. Agustín. Su fidelidad al pensamiento agustiniano y a las directrices de las ciencias modernas no podrá menos de producir excelentes frutos, como ya lo es éste que reseñamos aquí. La vuelta a San Agustín va de acuerdo con los progresos de la ciencia. Con esto no queremos decir que S. Agustín sea un científico moderno, pero es algo más: un filósofo de siempre. Ambas fuentes, en sus planos respectivos, se hermanan y han de hermanarse más cada día, como el mismo P. César nos hace ver. Hay sin duda en la ascética puntos tradicionales e incommovibles, pero hay una técnica que responde a situaciones circunstanciales. La psicología moderna nos hace ver que hoy es necesaria una orientación más realista y auténtica, que la técnica anticuada es ya insuficiente y pobre, que la soberbia, el egoísmo y la sensualidad pueden envolverse en fórmulas espiritualistas y que son precisas orientaciones positivas y objetivas, tanto sociales como individuales, para iluminar o formar al mundo. Las almas han venido al mundo para eso: reciben la iluminación divina para comunicarla. Es cierto que el individuo necesita purificarse y ser iluminado para poder luego iluminar y purificar, pero nadie debe quedarse a medio camino y es peligroso convertir los medios en fines o los fines en medios. Esta tendencia apostólica, que de un modo tan manifiesto cultiva el P. César, se pone de gran relieve en este hermoso libro. Por todas partes saltan a la vista las orientaciones positivas, las correcciones y las posturas ambiguas, las limitaciones a la ilusión, las advertencias de peligro, las invitaciones al amor real y la acción cristiana. La obra completa habrá de constar de tres volúmenes, por lo menos,

(*) César Vaca, O.S.A., Madrid, 1959; Ediciones Religión y Cultura, Col. «Llamada de Dios», 360 págs.

TEXTOS Y GLOSAS

y esto nos satisface plenamente. De este modo tendrá el P. César ocasión de exponer todo su pensamiento ascético.

Desde el punto de vista agustiniano podrían alegarse objeciones, que el P. César conoce ya muy bien. Y en primer término podría objetarse a la escala presentada por S. Agustín en el *De quantitate Animae* no es una doctrina personal de S. Agustín; es la doctrina corriente en los filósofos de su tiempo y él la tomó de fuentes estoicas y neoplatónicas, subdividiendo dos escalas de Plotino para obtener el número siete, que parece haberle sido impuesto en la catequesis cristiana. Por eso tal escala no vuelve a aparecer en las obras agustinianas, mientras aparecen otras, tales como las que hallamos en el *De Genesi c. Manichaeos*, en el *De Vera Religione* y sobre todo en el *De Sermone Domini in Monte*. Finalmente, S. Agustín renunció a presentar tales escalas técnicas para adentrarse por el camino del espíritu; abandonó la técnica y estableció una escala gradual de amor, como fórmula definitiva de un cristiano *ordo amoris*, reduciendo todas las virtudes a un común denominador de caridad. Su escala definitiva sería, pues, la que él propone: amor incipiente, amor progresivo y amor perfecto. Pero sabe muy bien asimismo el Padre César que la objeción es puramente formal. Porque si S. Agustín renunció a presentar fórmulas técnicas, no renunció a sus análisis psicológicos de la vida misma, como se ve en el principio de las Confesiones. Recuérdese su teoría del *inconsciente filosófico*, que si no es un inconsciente científico, como el de Freud, es su base más firme. Recuérdense sus teorías de la memoria Dei y de la memoria sui, cuya importancia vemos cada día con mayor claridad. Innumerables son las pruebas de que S. Agustín, lejos de renunciar al análisis de la vida biológica, sensual y mundana, insistió más y más cada día en ellos, estimando que antes de hablar del reino de Dios es preciso analizar al hombre, al alma. Es más, este análisis del hombre natural es en realidad su punto de partida: es el hecho existencial básico, el examen de situación de que nos habla la moderna fenomenología, que en este punto se atiene a S. Agustín.

Creemos, pues, sinceramente que el P. César ha visto bien su objetivo desde el principio, aunque puedan alegarse objeciones formalistas, más bien eruditas que reales. Los mismos textos utilizados por él le inspiran cada vez mayor confianza. Esos textos, traídos de todas las obras agustinianas, encajan perfectamente en la síntesis unitaria, sin esfuerzo ni violencia alguna, antes al contrario, como pruebas y confirmaciones de que la síntesis existe ya en la mente del mismo S. Agustín. Incluso es hartó sobrio en este punto el P. César, pues las citas podrían multiplicarse hasta el punto de poner a S. Agus-

tín por testigo de cualquiera de las afirmaciones de este hermoso libro. Todo eso no acaecería, si no hubiese en el pensamiento de S. Agustín esa unidad interna que van articulando las citas.

Desde el punto de vista de la ciencia moderna, alguno podrá pensar que el P. César cede demasiado al afán de contraposición entre la carne y el espíritu. Pero el libro mantiene la unidad humana con especial relieve y se la anuncia en todos los tonos. En segundo lugar, cuando un cristiano habla de la carne, no opone la biología al espíritu, sino la carnalidad del espíritu a la espiritualidad del mismo espíritu. Hablamos, como S. Pablo, de la doble tendencia, carnal y espiritual, que se observa en el espíritu mismo, objeto de la ascética. También podrá pensar alguno que ciertos puntos de vista de la psicología moderna están muy comprometidos, precisamente por los análisis todavía más profundos que ha llevado a cabo la filosofía moderna. Sobre todo teniendo en cuenta la relación real que puede establecerse entre esos puntos de vista, tales como los que mantienen Husserl, Max Scheler y Heidegger, y los que mantiene San Agustín. Pero el P. César, ha visto sin duda esa relación, pues se excusa de no entrar en el tratado filosófico. Sería demasiado pedir una reintegración completa de la filosofía de la ascética. En todo caso se trataría de una *introducción a la ascética*, que excede los límites que el P. César se ha impuesto en su libro de alcances prácticos y espirituales propiamente dichos.

En suma, tenemos ante nosotros un hermoso libro de ascética y de lectura espiritual, acomodado a todo género de lectores modernos, deseosos de fundamentar bien su vida espiritual. Si alguno encuentra que la manera científica y doctrinal perjudica al tono tradicional de «unción» de otros tratados ascéticos y considera eso como una objeción, otros muchos estimarán que ello es una gran ventaja: agradecerán que se les digan las verdades con sencillez y claridad, sin pompas oratorias y creencias piadosas, que con frecuencia son paliativos de una inseguridad que pierde en la base lo que pretende ganar en altura. Por lo demás el estilo personal y directo del P. César no dejará de atraer al lector, como lo prueba el éxito que sus libros obtienen. Hay en el libro una unción auténtica, indisolublemente unida a la verdad segura, y por lo mismo muy capaz de mover los corazones, si están dispuestos a aceptar la verdad, que ha de hacerlos libres. El P. César merece todo nuestro aplauso, así como también lo merece la editorial Religión y Cultura, que nos va presentando estos libritos bellos y sugestivos tan prácticos y dignos de encomio.

P. LOPE CILLERUELO, O. S. A.